

# REVISTA DE EDUCACION



PUBLICACION MENSUAL  
ORGANO DE LA ESCUELA  
NORMAL DE COSTA RICA

## SUMARIO:

A los maestros.....	LA DIRECCIÓN
<b>Sección doctrinal</b>	
Posibilidades educativas del "Scoutismo".....	ROBERTO BADEN P.
<b>Página de dolor</b>	
La virgen de la caja blanca.....	CORINA RODRÍGUEZ
<b>Filosofía</b>	
El nuevo humanismo.....	ANTONIO CASO
Problemas filosóficos.....	JOSÉ FAHIO GARNIER
<b>Páginas literarias</b>	
Ashrama.....	ROB. BRENES MESÉN
Cuándo y por qué.....	RAMDRANATH TAGORE
<b>Problemas de nuestra escuela</b>	
Carta de un maestro.....	JOSÉ GUERRERO
La lección de estudio.....	
La lección sobre la manera de estudiar.....	GEORGE DRAYTON S.
Geografía de Centro América.....	
Ideas y observaciones.....	O. D.
<b>Colaboración de nuestros maestros y profesores</b>	
Apuntes acerca de Costa Rica.....	LUIS DOBLES SEGREDA
La invasión de la langosta.....	ANASTASIO ALFARO

SETIEMBRE 30 DE 1915

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Tipografía Nacional

# REVISTA DE EDUCACIÓN

ORGANO DE LA ESCUELA NORMAL DE COSTA RICA

Director:  
OMAR DENGO

PUBLICACION MENSUAL

Dirección:  
E. N., Heredia, C. R.

AÑO I

Heredia, Costa Rica, 30 de noviembre de 1915

Núm. 5

## LOS NIÑOS DE AMICIS

Leyendo el libro de Edmundo de Amicis

Vamos a realizar hoy una grande y memorable hazaña: vamos a penetrar en uno de los misteriosos abismos de la humanidad: en el mundo de los niños. Pero, y bien! Por qué hay un mundo de los niños, un mundo que es sólo de ellos, y por qué nos sentimos instintivamente inclinados a reconocer que ellos viven fuera del imperio sombrío y terrible de los hombres? Ya lo hemos dicho: viven fuera del imperio sombrío y terrible de los hombres, en un reino apacible y luminoso, lejos de donde el infatuado hijo de los dioses se debate en la inquietud de sus pasiones, de sus odios, de sus vanos deseos, de sus desalentos, de sus locuras. Sin embargo, el hombre no es sino el niño que fue ayer. Ah! Cada uno de nosotros, en una hora que nos parece muy distante vivimos efectivamente en alguna parte hacia la cual quisiéramos volver; pero ay! amigos, en dónde fue eso? Hemos perdido el camino; talvez lo que en verdad hemos perdido es el conjuro mágico que antes lo abría a nuestros ojos. Como en los cuentos de hadas, en donde hay siempre un reino distante hacia el cual ya no van sino aquellos que por su corazón valiente merecen que se les revele el secreto de retornar a los dominios del encanto.

Cada hombre fue un niño en cierta ocasión, pero el niño fue un niño en su época y nada más. Y entonces qué cosa es el hombre, este ensoberbecido demonio de la tierra? Si se nos permite hacer comparaciones diríamos que el niño fue un vaso formado de una arcilla transparente y brillante en el cual los dioses han podido apurar sin deshonor sus dulces vinos sagrados o en donde manos delicadas han puesto rosas para adorno de los altares en que se hace el culto de las bellezas y demás virtudes de la tierra. Ahora, ni esta arcilla es transparente ni brillante, esta copa de cristal sonoro y de vívidos dia-



mantes ya no luce en las manos de las exigentes divinidades, ya el vaso se ha quebrado y nadie pone rosas en él. He aquí como nos explicamos que el hombre sea nada menos que un desterrado del reino de la infancia y que sufra con dolor su destierro y que a la larga caiga vencido en sus desesperanzas y en sus lágrimas porque no le fue dable regresar una otra vez a la época en que vivía en la confraternidad de los pájaros y de las mariposas y de sus juguetes, en la compañía de sus duendes y de sus lindas hadas del bosque. Son los días en los cuales uno se siente más estrechamente ligado a la gran naturaleza, madre de los seres y de las fuerzas y de las ideas, y no es infiel a tan noble destino.



Ahora vamos a hacer un viaje a este seno maravilloso de la vida, y no es porque lo merezcamos, acaso, sino porque hemos tenido la fortuna de encontrarnos un guía generoso, de los que conservan el don de retornar al reino de la infancia, porque hay algunos hombres que aun en el momento en que sobre su vacilante cabeza cae la nieve del tiempo, no podemos confundirlos con los otros hombres maliciosos, rebeldes a los bellos intereses de la existencia, apasionados en sus errores, esclavos de sus deseos, porque aquellos tales no han perdido ni la ligereza de espíritu, ni las excelencias del corazón del niño; han seguido siéndolo y en esto consiste su salvación, en medio de esta devoradora tormenta que todo lo bueno destruye y que es el mundo del hombre y aun del superhombre.

Nuestro guía es un delicado y limpio espíritu y no nos parezca extraño que naturalezas como éstas y la de los poetas y la de los pensadores y la de los santos, sean las designadas por elección casi providencial para hacer entrar y conducir a sus semejantes, como Virgilio al Dante, al través de los abismos de la vida; como Shakespeare, quien anduvo como soberano príncipe entre los más íntimos horrores del corazón humano. Porque para estas gallardas y audaces empresas sí sirven los poetas y los hombres que han nacido para ser algo más que hombres. Ellos no saben cómo se cultiva un bananal o un campo de algodón y de trigo, ni cómo se construye una locomotora, ni cómo se hace progresar una empresa industrial ni cómo se dirige una batalla sangrienta, pero no ignoran por dónde ir a los cielos o a los infiernos.

Este que va a ser nuestro compañero en tan gloriosa jornada es un mago de la belleza; él nos llevará al reino celestial de los niños y no dudo que le seremos siempre agradecidos por la bondad alentadora con que ha sabido hacer nuestra dicha espiritual en este instante.

Tal hombre se llama Edmundo de Amicis. Deberíamos decir algo de él por cortesía y por justicia, porque el bien que nos hace es incalculable; no quisiéramos que siéndole deudores en deuda tan valiosa como la presente, le olvidáramos pronto porque haya pasado ante nuestros maravillados ojos en este encantador ensueño nada más que como una fantástica sombra. Lo haremos en otra ocasión que nos sea más propicia. En verdad, ahora avanzamos llenos de tal inquietud, que aun nos olvidamos de nosotros mismos atraídos por la luz que alumbra este continente desconocido hacia el cual él nos conduce benévolutamente.

Antes de todo, y para que nos libremos de caer en una desconsoladora sorpresa, nos apresuramos a decir que nada de terrorífico presidirá nuestra entrada en el mundo de los niños. No participaremos del horror del Dante cuando de pronto se encontró en la selva oscura sin valor para orientar sus vacilantes pasos. Nada de pavoroso cierra de nosotros el reino de las criaturas, que nos haga suponer la empresa superior a nuestra voluntad y a nuestras energías. Y bien, por qué no vamos, pues, todas las mañanas hacia ese mundo infantil y vivimos con los soberanos de ese continente una hora de felicidad y de reposo antes de precipitarnos en el caos de nuestras oscuras preocupaciones diarias? Quién sabe!; pero cualquiera que sea la naturaleza de las fronteras entre los dominios del hombre y los dominios del niño, hay algo de majestuoso y sagrado que nos impide traspasarlas. Una vez salidos de allí, debemos perder toda esperanza de volver los simples mortales que somos nosotros hasta tanto no haya quién nos descubra el camino, una alma al mismo tiempo bravía y heroica, generosa y compasiva.



Y he aquí que como si nos hubieran llevado sobre las alas de la fantasía, nos encontramos ya a donde queríamos venir. Comprendo el asombro de vosotros porque no esperabais llegar tan presto, sino antes pronunciar una oración para purificarse, luego encontrarse en frente de una puerta de diamantes defendida por algún monstruo espantable, decir una palabra misteriosa y ver cómo silenciosamente se abría la puerta y pasabais alegremente deleitándose en el pavor natural que nos causa lo desconocido hacia el cual avanzamos. La naturaleza es previsor, amigos; cuando ella quiere revelarnos sus insondables secretos no nos da a conocer el camino, para poner a salvo sus tesoros de la simple curiosidad e indiscreción del hombre.



Hemos terminado la primera parte de nuestro viaje y estamos en pleno mundo infantil. Os reís, qué importa? Creéis que esto es un sueño? Mejor! Ilusión, ilusión! Sí, ilusión; pues acaso todo no es ilusión? Quizás nosotros mismos no pasamos de ser una pasajera sombra. Por dónde hemos venido? Quién sabe! Y para qué preguntar eso?

Estamos dentro de una escuela italiana. No queremos decir que una escuela sea el universo de los niños. Es como si dijéramos uno de los departamentos, como también lo es el hogar, como lo es la plaza pública en donde los muchachos hacen sus juegos, como lo son los jardines y hasta los templos, y la selva y los ríos y la orilla del mar. Lo que nos sucede es que nuestro guía es italiano y nos ha traído a una linda escuela italiana.

Es un día de agitación: es el primer día de clase en esa escuela: "todas las calles que desembocan cerca de la escuela hormiguean de chiquillos; las dos librerías próximas estaban llenas de padres y madres que compraban carteras, cuadernos, cartillas, plumas, lápices; en la puerta misma se agrupaba tanta gente que el bedel, auxiliado de los guardas municipales, tuvo necesidad de poner orden".

Comprendeis lo que se quiere decir aquí? Es la inquietud del hombre por entrar en el reino de los niños. La inquietud del hombre por salir de este desorden en el cual él se agita, por volver a aquellos días amables en que uno se subía a los árboles como las ardillas, se robaba los nidos, coleccionaba mariposas y escarabajos y vivía como un caprichoso monarca en plena naturaleza.

"Entramos por fin a empellones" nos dice un niño a quien llevan a la escuela. Nosotros, como veis, no hemos entrado así a empellones, hemos ido sobre las alas ligeras y silenciosas de la imaginación de nuestro guía. Adentro hay señoras, caballeros, mujeres del pueblo, obreros, oficiales, abuelas, criadas, todos con niños de la mano y cargados con los libros y los objetos de los escolares. Y producían un rumor como cuando se sale del teatro.

La humanidad grande, direis, ha tomado posesión del mundo infantil, puesto que aquí hay de toda clase de gentes. No temamos esta agitación que recuerda la salida de un teatro: a poco, ellos se irán; por más que lo deseen, no podrían vivir en este ambiente; tienen mucho que hacer en sus calles, en sus casas, en sus talleres, en sus mercados, y además, conviene convencerse de ello de una vez y es que no por nuestro contacto con los niños se nos revelan los misterios de su corazón. Eso no está concedido sino a muy pocos. Nuestras gentes se fastidiarían en la escuela, un instante después de haber entrado en ella ya no sabrían qué hacer; algunos se considerarían condenados a un eterno suplicio, otros se volverían locos. Los niños se quedarán solos. Y sus maestros? preguntais. De sus maestros, algunos también jamás llegarán a vivir en el espíritu infantil de la escuela, al cabo se irán, si no hoy mañana y los niños quedarán

solos. Si el hombre es incapaz de sentir como un niño, es que creéis vosotros que le sería fácil comprender los intereses de éste? Los niños se quedarán solos en su magnífico, en su espléndido, en su riente reino celestial.

\* \* \*

El muchacho que ingresa por primera vez a la escuela o vuelve a ella después de sus vacaciones de tres meses, considera ese hecho como un acontecimiento memorable de su vida de niño. Entrar en la escuela o retornar a ella significa para él el formar parte de una sociedad más grande que la de sus tardes en el vecindario o la de sus días brillantes en pleno campo. Lo desea con vehemencia en ocasiones: hay instantes en que le molesta la idea de que le espera una sociedad que lo va a hacer suyo, que lo va a someter a una disciplina, que lo sentará en un banco, que le designará un número y que le amenazará con un código de castigos más o menos odiosos. El, en sus horas de meditación, pensará que la escuela debe ser algo distinto para los niños de como se las hacemos los hombres: y se dirán: "yo quisiera una escuela que fuera así que así". Pondrá en esa escuela que él construyó en su cabecita hirviente, todo lo que forma parte de sus gustos infantiles: sus juguetes, sus perros, sus marmelazas y aun su abuelita, la de los cuentos y la de los cantos que hacen dormir. Pero, ay! los problemas de aritmética, las recitaciones que hay que aprender de memoria, los dictados fastidiosos, las tareas para la casa que los retienen como en prisión mientras los otros amiguitos de la vecindad están jugando el gran turco, el quedó o la partida de football! Es tal su disgusto que se diría que nosotros hemos destruído la escuela de los niños. No lo creáis del todo: en verdad no habeis logrado hacerle la escuela al niño; más él sabrá corregir vuestros defectos y sin violencias procurará hacerse su propia escuela. Parece que os estuviera diciendo un gran disparate!

Va a hablar un niño: va a justificarnos: oid lo que piensa él cuando tiene que traspasar la puerta de vuestros establecimientos de enseñanza: esperamos que os ruboriseis: que sintais aplastado vuestro orgullo ante el fallo de semejante insospechable juez: "Volví a ver con alegría aquel gran zaguán del piso bajo, con las siete puertas de las siete clases, por donde pasé casi todos los días durante tres años. Los maestros y los párvulos iban y venían entre la muchedumbre. La que fue mi profesora de la primera superior me saludó diciendo: Enrique, tú vas este año al piso principal y ni siquiera te veré al entrar o salir. Y me miró con tristeza. El Director estaba cercado por



una porción de madres que le hablaban a la vez, pidiendo puesto para sus hijos; y por cierto que me pareció que tenía más canas que el año pasado. Encontré algunos chicos más gordos y más altos de como los dejé; abajo, donde ya cada cual estaba en su sitio, vi algunos pequeños que no querían entrar en el aula y se defendían como potrillos, encabritándose, pero a la fuerza los hacían entrar en la clase; y aun así, algunos se escapaban después de estar sentados en los bancos; otros al ver que se marchaban sus padres, rompían a llorar y era preciso que volvieran las mamás con lo que la profesora se desesperaba”.

Ya lo veis; uno sospecha que hay de todo aquí como afuera, en nuestro mundo, en el de los hombres: el mundo de Job el doliente y aullador como un perro, el mundo del descontento doctor Fausto. Tristezas, alegrías, impaciencias, temores. Hay niños que odian la escuela. La culpa es nuestra, sin duda alguna. Los hemos acostumbrado a vivir en contacto estrecho con el hombre y han aprendido algunos de los defectos y han saboreado algunos de los venenos de este inmenso y revoltoso desesperado. Séd como estos pequeños, les dice Jesús a los hombres: séd como ellos—querría decirles—para que no turbeis su destino.

Esto pasará con el tiempo y entonces ellos vivirán en la escuela que se han ido formando poco a poco y aprenderán a amarla: descubrirán su mundo entre las tinieblas con que nosotros hemos querido ocultárselo. Y si ahora se quejan de las lindas cosas que hay fuera de la escuela como este niño que dice, con el acento trágico de Leopardi: “Qué triste me pareció la escuela recordando los bosques y las montañas donde acababa de pasar el verano!”, no será sino una manifestación natural de esta pequeña estrella hecha con tierra y agua de nuestra esfera, de no estar conforme con lo presente, de encontrar mejor lo pasado, de ansiar con desvarío el porvenir. Tal es el poema de nuestra vida, de niños y hombres, lo trágico de la conciencia humana, el majestuoso secreto de nuestro destino. El hombre será siempre así y en la copa del niño habrá ya una gota de este cruel y mortal licor.

Menos mal en este último: mañana cuando abandone la escuela se irá a los bosques y a las montañas con otra tristeza. Ellos como nosotros se quejan de perder aquello que aman profunda y lealmente; pero el hombre pocas cosas ama de esta manera. Cree que es infantilidad. No, no es cobardía ni bajeza vivir para la emoción y de las emociones, por más que los comerciantes y los industriales y los cambistas y aun gentes de cierto buen sentido lo consideren así. Infantilidad! Suponen los hombres que el niño es un ser débil y mesquino y ellos se deshonrarían siendo débiles y mesquinos.

No os apene, finalmente, la idea de que los niños abominan de la escuela. Si algunos hay que se ahogarían en su atmósfera, debéis desconfiar de ellos: ya son hombres o les domina el atractivo de ser



hombres; su alma delicada y sutil, acaso invadida prematuramente por instintos extraños a su propia edad, ha estallado como una cuerda a la cual queremos arrancar forzosamente una nota que no es la suya.

Ellos estarán bien en la escuela: si sabeis interesarlos, pronto vivirán para su culto, trabajarán para ella, comprenderán el honor de pertenecer a ella. No olvidarán la montaña, ni el bosque, ni el mar, y al mismo tiempo tendrán la devoción de su escuela, de su clase, de su maestro, del patio de sus recreos, de la campana sonora y alegre. Su alma, poderosa y ávida de nuevos intereses, encontrará aquí una otra seducción, y se creará con alas más fuertes y dueña de mayor espacio. La vida se conquista así, por grados, por ascensiones, como si dijéramos: la escuela es una altura desde la cual volamos hacia otros destinos.

Una altura? Sí, esto era lo que queríamos decir propiamente. La humanidad en su forma infantil se detiene allí: hacia dónde volará? Mejor dicho: hacia dónde hay que invitarla que se oriente? es toda la cuestión.

He aquí un grave problema pedagógico, decís: pero odiamos la metafísica ahora: nuestro interés consiste en saber si esta delicada humanidad que nos encontramos en la escuela, necesita una ley o es en ella en donde podemos encontrar las leyes de la conducta humana. Sin preverlo, hemos caído en el fondo de una paradoja. Ojalá saliéramos de ella con gallardía y sin ridiculeces. Por lo pronto nuestro guía es de un genio perspicaz y él no nos dejará, es de sospecharlo, comprometidos en la paradoja. Y si es él quien tiene la culpa de que nos encontremos así?



Porque estamos acostumbrados a oír que la escuela desempeña una función constructiva: la de formar el alma del hombre. No sé quién de vosotros se atrevería a jugar con este principio de filosofía escolar. Nosotros nos adelantamos a decir que la función es distinta: es la de conservar para servicio del hombre lo que naturalmente hay de bueno en el niño. Cuando decimos a la escuela: haced hombres, talvez la Naturaleza se burla de nuestro afán. Y es ella la que nos contesta con maliciosa e irónica sonrisa: Déspotas, quereis quitarme el cetro? Allá va el hombre hecho como yo lo quiero. Pedantes, lo que vosotros haceis en vuestras escuelas, en vuestros colegios, en vuestras universidades es deformarlo adrede para utilidad de vuestros intereses sociales.

Y quién será quien tenga la razón en esta gigantesca lucha entre el hombre, autor del contrato social y de metodologías y de sistemas



de filosofía, y la Naturaleza? Nosotros decimos que el hombre, pero es para no darnos por vencidos.

Creemos, amigos, siquiera por curiosidad filosófica en la paradoja que nos tiene asidos. Y si en el fondo de ella está la razón? Seamos supersticiosos sin exceso a fin de ver si por allí llegamos al fin a la solución de nuestras tormentosas dudas.

Creemos que la humanidad al manifestarse espontáneamente en el niño y con un lujo de formas, de fuerzas, de recursos, nos está gritando que tal es su más excelso ideal de perfección, que al alejarse de esa norma, al hacerse hombre el niño, al desearlo, traiciona su destino. Lobo caprichoso y rebelde contra su Naturaleza, y ésta les deja hacer, como una tigre que permite a sus cachorros jugar con su cabeza y con la punta de su flexible cola. Esto os llena de asombro: he aquí uno haciendo sofismas después de que cerraron la Academia, direis secretamente: El hombre! Habrá nada mas hermoso que el hombre? Dadme ejemplos de hombres, os decimos. Oh!, es muy fácil, respondeis. Goethe, Leonardo da Vinci, Kant, Herschel, el gigantesco Dante: Por vuestra pequeña cabeza pasa toda una constelación de nombres claros como un cortejo de hermosas estrellas en una noche de verano. Pero así como en el pomposo firmamento nuestros ojos no ven que abundan los Sirio, así son pocos los nombres de que el gran montón de gusanos pueda enorgullecerse. La Naturaleza os conoce y no está bajo vuestro vasallaje. Ella no prodiga su majestad. Y por qué encontramos que tales hombres son más grandes que nosotros? No tendremos el valor de confesarlo; eso nos humilla. Pero es que acaso ellos no han dejado de ser niños: nuestras escuelas, nuestros colegios, de los cuales la Naturaleza se burla, no los deformaron. Desde allí ellos volaron hacia arriba, pero es porque conservaron sus alas infantiles. Como en la leyenda cristiana, los ángeles de Dios, leales a El no han perdido su primitiva belleza, su encantadora belleza, y los demonios han envejecido por su soberbia, por su inconformidad, por su deseo violento de ser a la manera de un dios. Aquellos hombres que admiramos con orgullo porque son de nuestra casta, han sido a su vez conformes con los dones de que les dotó su creadora, son sus siervos, pero Ella no los trata como siervos sino como príncipes y se deleita en ellos.

El hombre lleva su pena en sí mismo al no conformarse con los designios de su Naturaleza. Fatalismo! os oigo gritar en vuestro corazón. Fatalismo! Y bien, qué más da? Si os pusierais a combatir al fatalismo, os sucedería lo que a la cabrita de Monsieur Seguin, la cual quiso ser libre, luchar con el lobo y éste la devoró. El fatalismo os vence, estad seguros de ello. El fatalismo se reirá de vosotros, compadeciéndose de vuestros esfuerzos inútiles por vencerlo y si no os mata os dejará temblando de cansancio y llorando. No perdais vuestro tiempo creyendo en el Fatalismo. Decid simplemente Naturaleza. Acaso conocéis sus secretas leyes, sus reglamentos, sus de-



cretos, sus caprichos, sus apetitos, sus instintos, su mente? Naturaleza, siendo nuestra reina, nuestra vivificadora, y sabiendo que los hilos de nuestra suerte están en sus manos sutiles, no querría deponer su imperio en favor de nuestra curiosidad. De por sí es aristócrata y le repugna las confusiones que se permite la democracia. Ella trabaja como en el fondo de un templo antiguo, mantiene a sus criaturas en el vestíbulo y cada vez que sale a darles cuenta de una hazaña suya, las asombra con una sorpresa. De un hombre cuerdo hace un loco y de un loco un genio! Declara un pensador que la conoce.

Así es: sin embargo nosotros creemos que ella procede como por fórmulas, al modo de un químico: tantas cantidades en esta proporción producen una águila o una flor o un imbécil o un genio. Si nos desconcierta, la acusamos de hacer milagros. Es seguro que no ignora algunas fórmulas de vuestros métodos de química orgánica, mas ella varía los términos sin temor alguno, como que sabe bien su oficio. No lo esperábamos, y de pronto se nos presenta Shakespeare, salido no de una universidad sino de una barraca, el genio de la tragedia. El conocía sin gran esfuerzo los dolores y angustias del corazón humano y poseyó las formas del lenguaje para expresarlos fielmente. Era un testigo que no perjuraba. Era leal como su grandiosa progenitora.

De pronto salió Beethoven, el monstruoso pájaro armónico, el cual oyó como cantaban las estrellas, el mar, la montaña y él no se dió cuenta de ello. Tal cual otro está al tanto, como un hábil experto, de las cualidades del agua; aquel ve, flotando en el ambiente como traviesos geniesillos, fecundas fuerzas y las aprovecha e inventa el telégrafo sin hilos; uno descubre un cuerpo cuya claridad hace transparente al hombre; otro hallará uno que lo volatilice sin las congojas y sudores de la muerte, como se evapora una gota del océano. He aquí al Cordero Pascual, blanco como la nieve, justiciero, bondadoso. Este otro es distinto, conocemos su nombre. Se llama César Borgia, un semidios de la ira y del mal. Los griegos hubieran temblado al verlo: habrían sospechado que era una divinidad.

Y se contradicen todos? Fatalismo! decís a grandes voces. No, amigos, Naturaleza.



No os alarmeis, porque no nos proponemos destruir vuestros principios de filosofía escolar y sobre todo ese que os llena de terror sagrado sobre la formación del alma del hombre.

Con todo, en esta humanidad infantil de la escuela italiana en la cual nos hallamos en este instante, hay una constelación majestuosa



y divina de figuras humanas que parecen conmover los principios inteligentes de vuestras metodologías y de vuestros sistemas filosóficos, los cuales tanto os exaltan. Si a medio día fuéramos a buscar ejemplares como estos en los claustros universitarios, en las escuelas y en algunas otras partes, nos invadiría la desilusión. Qué se nos ha hecho la fábrica de las almas de hombre? Pero aquí es la Naturaleza la que se manifiesta en todo su poder, si quereis en todo su salvajismo, como cuando realiza una cosa llena de hermosura, de misterio, de fortaleza, de corpulencia. Tal vez la suya sea una simple escuela, mas ella se reserva sus métodos para su uso particular.

El primer gran suceso que nos emociona en este mundo escolar es la hazaña del maestro Perbono. "Empezó a dictar—nos dice su elogiador—paseando entre los bancos y al ver a un chico que tenía la cara muy encarnada y con unos granitos, dejó de dictar, lo tomó de la barba y le preguntó qué tenía, le tocó la frente para ver si sentía calor. Mientras tanto un chico se puso de pie en el banco y empezó a hacer tonterías. Se volvió de pronto como si lo hubiera adivinado: el muchacho se sentó y esperó el castigo, encarnado como la grana y con la cabeza baja.

El maestro se fue a él. Le colocó una mano sobre la cabeza y le dijo: "No lo vuelvas a hacer". Luego, cuando todos abandonaron la clase el muchacho este se acerca al maestro y le dice con voz trémula: Perdóneme usted! El maestro le besó en la frente y le contestó: "Está bien, anda hijo".

Esto solo en los evangelios se oyó: "Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen". "Levántate mujer, yo te perdono"! Es una ternura infantil, limpia y consoladora la que inunda el alma de Jesús y la del maestro Perbono.

Nosotros?—direis algunos—Nosotros, fieles a nuestros viejos y entumecidos principios de formar el corazón de los hombres, le habríamos castigado por su insolencia. 'Es una villanía burlarse de su maestro, del hombre que se desvela por su bien, del que destruye su ignorancia. Qué indigno es todo esto! Usted se quedará hoy arresado para que copie cien veces esta frase: "Yo no debo burlarme de mi maestro". Perbono no cree acaso, que les está haciendo un gran bien a los niños. Piensa, lo suponemos, ahora que hemos entrado en conocimiento de su hermosa conciencia, que son los niños los que le están haciendo un bien precioso a él, y no vacilamos en decir que a este maestro no le posee el orgullo de atribuirse la función de quitarle la ignorancia a un niño, sino que muy en contra de esto, él vive con los niños y les agradece el servicio de hacerse cada día menos ignorante por la luz de inteligencia que viene de ellos, como la fragancia de una flor o como la frescura de una fuente o como la silenciosa luz de la luna, sin precio alguno y sin el dolor que acompaña a la sabiduría que venden los hombres. Por eso Perbono usa otro método. Sí, es el método del maestro del lago, el que cubría de oprobio a los

maestros oficiales de la sinagoga, el maestro de los niños, de los pobres, de los humildes que viven en el reino celestial, y vosotros no creéis que todos debemos ser santos en esta tierra amarga y envenenada. Ya lo veis! Perbono es digno de su grande alma: se le ofende y perdona y conociendo que aquel niño no es un malvado, le castiga por donde es más sensible. Y qué, vosotros creéis que efectivamente le ha castigado? Esperó el castigo, dice nuestro evangelio, encarnado como la grana y con la cabeza baja, y cuando Perbono, en vez de arresto le dice: "No lo vuelvas a hacer", el muchacho se siente capaz de una buena acción. Ambos se separan invadida su alma de ternura amorosa, de simpatía heroica, como dos ángeles flotando en una claridad diáfana y celestial, en la claridad del reino de los cielos en donde habita el Padre.



No solamente ellos se conquistan nuestra devota admiración: no solamente por medio de ellos, la Naturaleza inteligente y benévola, se nos manifiesta en sus más bellas virtudes.

Hay un muchacho en aquella escuela que se llama Garrón. "Es el mayor de la clase; tiene cerca de catorce años, la cabeza grande y los hombros anchos, es bueno, se le conoce hasta cuando sonríe y parece que piensa siempre como un hombre". Lo de pensar como un hombre se lo perdonamos a su pequeño biógrafo. Los niños tienen de los hombres ideas bastante falsas; pero es que éstos adoptan maneras y gestos teatrales con los que disimulan sus bajezas y asombran a los niños. Son como los reyes de los escenarios, cuyas coronas son de cartón y no de oro y su cetro, el mango de una escoba.

Garrón se dió a conocer muy pronto en un suceso que afirmó para siempre su majestuosa naturaleza de niño. "Cuando entré en la escuela—dice su biógrafo—un poco tarde, porque me había detenido la maestra de la primera clase superior para preguntarme a qué hora podía ir a casa, el maestro no estaba allí todavía, y tres o cuatro muchachos atormentaban al pobre Crosi". Crosi es un pelirojo, tiene un brazo malo y su madre es una verdulera, es decir, una serie de las peores inconveniencias sociales en la sociedad de los hombres.

"Le pegaban con las reglas, le tiraban a la cara cáscaras de castaña y le ponían motes y remedaban, imitándole con su brazo pegado al cuerpo. El pobre estaba solo en la punta del banco, asustado y daba compasión verlo, mirando ya a uno ya a otro, con ojos suplicantes para que lo dejaran en paz; pero los otros lo vejaban más y entonces él empezó a temblar y a ponerse encarnado de rabia. De



pronto Franti, el de la cara sucia, saltó sobre un banco y haciendo ademán de llevar dos cestos en los brazos, remedó a la madre de Crosi, cuando venía a esperarlo antes a la puerta, pues a la sazón no iba por estar enferma. Muchos se echaron a reír a carcajadas. Entonces Crosi perdió la paciencia y cogiendo un tintero se lo tiró a la cabeza con toda su fuerza, pero Franti se agachó y el tintero fue a dar en el pecho del maestro, que entraba precisamente. Todos se fueron a su puesto y callaron atemorizados. El maestro, pálido, subió a la mesa y con voz alterada preguntó:

—Quién ha sido? Ninguno contestó. El maestro gritó otra vez alzando aún más la voz:—Quién ha sido? Entonces Garrón dándole lástima el pobre Crosi, se levantó y dijo resueltamente: Yo he sido".

Nos espanta este muchacho de cabeza grande y de hombros anchos, semejante a un batallador de Homero. El tiene la fulgurante espada de la Justicia en la mano. Qué hazaña la suya! Y no es sino un niño quien la ha realizado, sin interés propio, sin cálculo de más o de menos: se ha levantado en un impulso de piedad, de la que alienta y no humilla, de abnegación y de valentía para atraer sobre su cabeza fuerte una tempestad que iba a desatarse sobre uno de sus débiles compañeros. El no tiene miedo a esa tormenta que parece amontonarse durante siglos en el corazón de un hombre. Sus alas son como las de un pájaro que pasa cantando por encima del mar bravío.

El maestro averigua al cabo quiénes son los verdaderos culpables. Se denuncian ellos mismos edificados por aquel monstruo de verdad y de benevolencia y cuando el maestro les ha amonestado por su vergonzosa acción, sale por entre los bancos, toma la cara de Garrón, que estaba con la vista en el suelo y mirándole fijamente le dijo: Tienes una alma noble!

Es más noble aún el alma de Garrón. Algo murmura en el oído del maestro. Este pequeño tirano da órdenes, y el maestro volviéndose hacia los culpables les dice: os perdono!

Dónde encontrar mármol para estas actitudes heroicas?

Fijaos bien: es Garrón el que ha conseguido todo esto. Este es un niño que no necesita Códigos ni catecismos, ni textos de moral práctica. El es el sentido de la bondad, sabe cómo repartirla sin desdoro y posee las armas que son propias para defenderla.

Direis vosotros triunfantes: Eso es novelesco! Y nuestra respuesta es: pues lo novelesco está fuera de la naturaleza de las cosas? Vais a ver como Garrón no es novelesco. Es una fuerza viva; un espíritu cabal que desconcierta nuestras insoportables cátedras de psicología con sus cosas de niño. "Cuanto más lo conozco—nos dice su biógrafo—más lo quiero, y lo mismo sucede a los demás, exceptuados los arrogantes aunque a su lado no puede haberlos, porque él siempre los mete en cintura. Cada vez que uno de los mayores levanta la mano sobre un pequeño, grita éste: Garrón! y el mayor ya no pega. Cualquier cosa que se le pide, lápiz, goma, papel, corta-



plumas, lo presta o da enseguida. No habla ni ríe en la escuela; está siempre inmóvil en su banco demasiado estrecho para él, con la espalda agachada y la cabeza metida entre los hombros, y cuando lo miro me dirige una sonrisa, con los ojos entornados, como diciendo: "y bien Enrique, somos amigos? Da risa verle, tan alto y grueso, con su chaqueta, pantalones, mangas y todo demasiado estrecho y excesivamente corto; un sombrero que no le cubre la cabeza, el pelo rapado, las botas grandes y una corbata siempre arrollada como una cuerda. Querido Garrón! Basta verle su cara para tomarle cariño".

Tal es el retrato del muchacho: es tan basto como un tronco, nada de elegancia en él, no pierde su tiempo en ponerse digno de la comedia humana, no serviría de modelo para una estatua griega. Pero en su grosería es hermoso, su belleza propiamente está en la fortaleza de su alma tan fácil para empresas difíciles. Su dignidad no está en sus zapatos, sino en el orgullo de su espíritu, porque él deja que le digan cualquier cosa por broma, pero ay! del que le diga: "no es verdad", cuando afirma una cosa. Sus ojos despiden chispas entonces y pega puñetazos capaces de partir el banco.

La verdad es así: de una majestad serena y silenciosa. Ella no habla a gritos como los sofistas del pórtico; habla como si dijéramos, con la luz de las estrellas. Mas, si se enoja, hace temblar la tierra y el corazón de los hombres. Y Garrón no es otra cosa que la verdad y la justicia a servicio de sus semejantes. "Estoy seguro—dice su biógrafo—de que arriesgaría su vida por salvar la de un compañero, y hasta se dejaría matar por defenderlo. Se ve tan claro en sus ojos y se oye con tanto gusto el murmullo de aquella voz, que se conoce viene de un corazón noble y generoso".

Hay en la escuela un pequeño jorobado que se llama Nelle. "Es bueno y estudia, pero está demasiado pálido y le cuesta trabajo respirar". Los niños se burlan de él y le pegan en la espalda con las carteras; pero él nunca se enfadaba ni decía nada a su madre, por no darle el disgusto de que supiera que su hijo era juguete de sus compañeros; se mofaban de él y él lloraba y callaba apoyando la frente sobre el banco. Pero una mañana se levantó Garrón y dijo: Al primero que toque a Nelle le doy un testarazo que le hago dar tres vueltas. Franti no hizo caso y recibió el testarazo y dió las tres vueltas y desde entonces ninguno tocó más a Nelle. Garrón es su protector: su nombre hace milagros como el del poeta Eurípides cuyos versos "Venim os, hija de Agamenon, a tu cabaña humilde y desolada," eran una prenda de seguridad para quien los recitara ante los fieros siracusanos. Y si su nombre no basta, entonces usa de la fuerza de su brazo como la raza de los caballeros insignes de la Edad Media. Castiga! decís vosotros. No, no castiga; él no abusa de su potestad: muestra sus armas y las deja caer en Franti, pero Franti tenía un rostro oscuro y sucio. Los otros se componían comprendiendo tan sólo de lo que era capaz esta cabeza redonda. Creéis que la Natu-



raleza castiga: no, ella pone en orden las cosas, o hace compensaciones o restablece equilibrios.

Ah! y no es sólo capaz de actos de fuerza. Ya lo hemos dicho, es un corazón generoso. Un día se enferma uno de sus compañeros. El va a verlo en compañía de otros. Cuando se retiran, el padre del muchacho se pone a gritar: Garrón, Garrón! Te ha llamado por tu nombre: dos días hacía que no hablaba y te ha llamado dos veces, quiere que estés con él; ven enseguida. Ah!, santo Dios, si fuera buena señal. Hasta la vista!—les dice Garrón a sus compañeros; y me quedo. Y se entró en la casa con el padre.

Garrón defiende aun a sus mismos maestros. Un día la clase se desordena. Hay un maestro suplente: le molestan todos: jugaban los muchachos, reían, gritaban. El maestro es bueno. “De pronto entró el bedel y dijo: Señor profesor, el Director lo llama. El maestro se levantó y salió corriendo, desesperado. El burdel se hizo entonces más fuerte. Pero de pronto Garrón subió a la plataforma descompuesto y apretando los puños, gritó ahogado por la ira: acabad, sois unos brutos. Abusais porque es bueno. Si os machacara los huesos estaríais sumisos. Sois una cuadrilla de cobardes. Al primero que haga alguna cosa, le espero fuera y le rompo las muelas, lo juro: aunque sea en presencia de su padre! Todos callaron. Ah! qué interesante estaba Garrón echando chispas por los ojos. Parecía un leoncillo furioso. Miró uno por uno a los más descarados y todos bajaban la cabeza”.

Este Júpiter bondadoso, tiene un haz de rayos en la mano y el ceño de la tempestad en la frente. Qué será de él, si no lo deforma la escuela, si no lo aniquila la disciplina pedagógica? Tal vez no figurará en los honores del palacio, tal vez no hará discursos al pueblo, tal vez invitado a mandar a los hombres, rehusará hacerlo, porque esta no es función digna de sus superiores virtudes. Para todo esto se necesita disimulo, vanidad, falsía y hasta bajeza de ánimo. Y él es la verdad y la justicia en su pequeño cuerpo de catorce años, robusto y de anchos hombros. Su franqueza avergüenza; es brioso y cuando se enfurece parece un leoncillo. Dentro de él hay un héroe que no le pone precio a sus hazañas.

Pero vuestra escuela puede volver al revés este ilustre, vigoroso y heroico espíritu de niño.



Otros no son admirables por la fuerza ni la valentía, sino más bien por la debilidad. Una debilidad que no es humillación ni ignominia, sino como la debilidad celestial de Jesús. Pero es que dentro

de un vaso tan fino y quebradizo, palpita un corazón poderoso. Nos referimos a Precusa.

“Yo, sin embargo—dice su biógrafo—quiero más a Precusa, el hijo del herrero, el de la chaqueta larga, el que parece enfermo. Dicen que su padre le pega. Es muy tímido; cada vez que pregunta o toca a alguien, dice: Dispéñeme. Y mira constantemente con ojos tristes y bondadosos”. No se ríe nunca; se diría que este muchacho ha bebido el dolor hasta la saciedad. Y es apenas un niño. Cómo es posible que la lámpara de la alegría se haya apagado en esta criatura en la época de su mayor esplendor? También en el paisaje se ven estas cosas; es un día primaveral que amanece oscuro como si estuviese declinando el sol. En el niño, tal espectáculo es conmovedor y doliente. Por qué hay niños tristes? A todos los quisiéramos ver riendo, alborotando la calle, gritando con su robusto pecho, cantando himnos en pleno campo o a orillas del mar.

“El poco paraíso que todavía se ve en la tierra, se debe a su presencia”, dice de los niños Amiel, el solitario, silencioso y melancólico poeta ginebrino. Pero la vida de los hombres ha amargado sus encantadores días. Es horrible, direis. Ah! sí, es una inversión de las leyes de la naturaleza, de las leyes que concibe el hombre.

Este niño triste está destinado para una grande acción. Lo que será así su Creadora? Es un santo. Y qué es un santo, y un heroe, y un poeta, y el pintor Rafael, y el músico Verdi? Nada ha leído él de mística, no conoce las reglas del sacrificio ni en qué consiste éste, ni de la caridad ni de la abnegación. Y cuando le vemos realizar su obra, tan fácil y gallardamente, nos conmueve su sabiduría salvaje. El niño que vive en el sacrificio de sus dulces días de infancia, en la timidez oscura y medrosa, en la prueba del martirio, va a salvar a un hombre. Dónde ha aprendido su lección, de dónde viene este angelical espíritu predestinado a tan gloriosa empresa?

Veamos cómo describe su biógrafo la vida de este santo. “Precusa, el hijo del herrero, aquel pequeño, pálido, de ojos grandes y tristes que parece estar siempre asustado, tan corto que siempre está pidiendo perdones, siempre enfermicho, y no obstante estudiando incesantemente. El padre entra en casa borracho, le pega sin motivo, le tira los libros y los apuntes de un revés; y el pobre va a la escuela con el semblante lívido, a veces con la cara hinchada y los ojos inflamados de tanto llorar. Pero nunca, jamás se le oye decir que su padre le ha pegado. Te ha castigado tu padre? le preguntan los compañeros. Y él siempre dice enseguida: No, no es verdad, por no dejar en mal lugar a su padre. Esta hoja la has quemado tú? Le dice el maestro enseñándole su trabajo medio quemado. Sí—responde él con voz temblorosa—he sido yo quien la ha dejado caer en la lumbre. Y sin embargo, sabemos nosotros muy bien que su padre, borracho, ha dado un puntapie a la mesa y a la luz, cuando él escribía sus apuntes. Vive en una buhardilla de nuestra casa, de la otra



escalera, y la portera se lo cuenta todo a mi madre. Mi hermana Silvia le oyó gritar, desde la azotea, un día que su padre le hacía bajar la escalera a saltos, porque le había pedido dinero para comprar una gramática. Su padre bebe y no trabaja y la familia se muere de hambre. Cuántas veces el pobre Precusa va a la escuela en ayunas y come a escondidas un pedazo de pan que le da Garrón o una manzana que le lleva la maestra de la pluma encarnada, que fue profesora suya en la clase de primera. Pero en su vida se le ha oído: Tengo hambre, mi padre no me da de comer”.

No perdais de vista esto: su padre es un hombre, es uno de vuestros hombres, y a pesar de eso, su destino descansa sobre el alma atormentada de esta pobre criatura, débil y enfermiza. El espectáculo es imponente. Es algo que cabe en la imaginación de Esquilo o Shakespeare, y no sabemos si habría formas en el lenguaje humano suficientes para poner en relieve todo el horror de esta silenciosa tragedia.

Garrón es una figura que necesita un amplio escenario para su acción. El pertenece a su humanidad: es de todos los que sufren, de los débiles, de los tristes, de los enfermos. Mas no sabemos si admirar más el egoísmo en el sacrificio de Precusa. El se olvida de sí y de sus semejantes para consagrar sus delicadas fuerzas en salvar a su padre y nada más que a su padre.



Este otro es un muchacho que hace su propia edificación. Se llama Estando. Su biógrafo le dedica un capítulo que él titula “La Voluntad”. Se diría que piensa en los hombres representativos de Emerson. Estando es un semidiós, es el semidios de la voluntad. “Estando ha obtenido la segunda medalla: Estando, el primero de la clase después de Deroso! Todos nos admiramos. Quién lo hubiera dicho en octubre, cuando su padre lo llevó a la escuela metido en aquel gabán verde y dijo al maestro delante de todos: Tenga con él mucha paciencia, porque es muy tarde para comprender! Todos al principio le creían un adoquín. Pero él dijo: o reviento o salgo adelante, y se puso a estudiar con fe, de día y de noche, en casa, en la escuela y en el paseo, con los dientes apretados y cerrados los puños, paciente como un buey, terco cual un mulo, y así, a fuerza de machacar, no haciendo caso de las bromas y pegando patadas a los revoltosos, ha pasado por delante de los demás aquel testarudo. No comprendía una palabra de aritmética, llenaba de disparates los apuntes; no atinaba a retener en su memoria un período,

y ahora resuelve problemas, escribe correctamente y dice las lecciones como un papagayo. Se adivina su voluntad de hierro cuando se ve su facha: tan grueso, con la cabeza cuadrada y sin cuello, con las manos cortas y gordas y con aquella voz áspera. Estudia hasta en las columnas de los periódicos y en los anuncios de los teatros, y cada vez que junta dos reales se compra un libro: ha reunido ya así una pequeña biblioteca, y en un momento de buen humor se le escapó decirme que me llevaría a su casa para verla. No habla con nadie, con nadie juega, y siempre está allí en su banco, con las manos en las sienes, firme como una roca, oyendo al maestro. Cuánto debe haber trabajado el pobre Estando! El maestro le dijo esta mañana, aunque estaba impaciente y de mal humor, cuando le dió la medalla: Bravo, Estando; quien trabaja vence! Pero él no parecía estar enorgullecido; no se sonreía, y apenas volvió al banco con su medalla, tornó a apoyar las sienes en los puños y se quedó más inmóvil que antes”.

Este no será San Francisco de Asís; tampoco dará la mitad de su capa para cubrir las espaldas de un leproso, no por egoísmo, sino porque su heroicidad es distinta: en él se adivina la voluntad que levanta las pirámides de Egipto, que abre el canal de Suez o el de Panamá, que pone su pie en la cumbre del Himalaya, que descubre un continente o el polo, que registrará el firmamento para explicarse el sistema Planetario, que construirá la columna de Trajano o levantará un templo a Júpiter olímpico o escribirá el Ave María de Gounod o llenará la capilla Sixtina con la variada luz del genio. Estando es una fuerza soberana: es como una fuente que está horadando una montaña para encontrar su salida; cuando lo haga, será acaso como un poderoso torrente que irá hacia el mar regando la tierra con sus aguas fecundas y bondadosas.



La moral de Coreta es otra.

Su biógrafo le encuentra un día en su camino y dice de él: “Era Coreta, mi compañero, con su chaqueta de punto, color de chocolate y su gorra de piel, sudando y alegre, que tenía una gran carga de leña sobre las espaldas. Un hombre de pie en el carro, le echaba una brazada de leña cada vez, él la cogía y la llevaba a la tienda de su padre, donde la ponía y corriendo la amontonaba.

—Qué haces Coreta?, le pregunté.

—No lo ves?—respondió tendiendo los brazos para coger la carga:—repaso la lección.



Me reí. Pero, él hablaba en serio, y después de coger la braza de leña, empezó a decir corriendo: Llámense accidentes del verbo... sus variaciones según el número... según el número y la persona”.

Coreta aprovecha su tiempo; es útil y trabaja; ayuda a su padre y a su madre. No se parece a los otros: una misma máxima no serviría para todos. La del bien por el bien mismo, de los estoicos, no nos agrada; padece de una cierta vaguedad. Estando se nos presenta como un egoísta. Su grito es individualismo, y así va adelante de todos en la vida. Nada le sirve de estorbo: su inteligencia de comprensión tardía, al cabo resulta ser en él como un hilo de oro: juega con ella como con su pelota de hule. Pero Coreta no va detrás de él sino a su lado: su fuerza está en el bien que él cree hacer a sus padres, es como los evangelizadores sinceros: quién les quita que ellos son necesarios en el mundo? Lo recorren de extremo a extremo trayendo adeptos a su fe, en la esperanza de salvar así a los hombres.

No es verdad que el ejemplo de Coreta es admirable? Muchachos: aprendedlo de memoria para vuestro uso cotidiano, dirá el maestro, olvidando que no todas las luces despiden la misma claridad.



No os engañéis creyendo que en este mundo de los niños no hay sino bellas y hermosas virtudes; hay odios como los que devoran nuestras sociedades, hay celos, hay envidias, vanos orgullos y hasta perversidades. Sobre qué es lo que triunfará al cabo, tal es el problema, quizás el problema del maestro.

Hay naturalezas meditativas, desalientos precoces, tipos que son de pura acción, comerciantes, por ejemplo: Garofi es un comerciante. “Es un tipo alto y grueso, con la nariz de pico de loro y los ojos muy pequeños, que anda siempre vendiendo plumas, estampas y cajas de fósforos y se escribe la lección en las uñas para leerla a hurtadillas”. Y aun así, Garofi no es como lo suponeis, un judío sórdido y voraz. De pronto lo encontrareis haciendo un acto de nobleza. Han de ser como Franti, fisonomía oscura y sucia, para que nada debamos esperar de su estéril corazón. Los demás, imponiéndose a sus defectos en algún momento no rehusarán acometer una bella hazaña y revelarán su gentileza de espíritu, su flexibilidad para el bien, en la satisfacción que sienten oyendo cuentos o historias que hablan de niños heroicos, benévolos, valientes, incorruptibles y rectos. Arrojarían gustosos una flor sobre el pequeño vigía lombardo, se encantan ante el sacrificio del escribiente florentino; quisieran hacer lo que el tam-

borcillo sardo y lloran cuando al final de la narración saben que Federico se ha dejado asesinar por la salvación de la vida de una mujer anciana. Los nombres ilustres resuenan en sus oídos como notas de un himno glorioso. Viven en un ambiente diáfano, cada uno en su banco, cada uno con sus debilidades propias, sin el afán de inficionarlas en los demás, pero todos se sentirán buenos, humanitarios y aun hasta patriotas a su manera y con ánimo de llevar a cabo hechos de los que se consagran en los monumentos conmemorativos o en las páginas de la severa y divina historia.

Así ha de ser el hombre; así los debemos hacer, dice el maestro con orgullo y cuelga de la pared cartelones en donde se leen máximas de moral en caracteres grandes para que sean bien leídas. Los llena de aliento el dístico de Milton: "The childhood shows the man, as morning shows the day", el cual como todo lo que se dice aquí abajo puede ser cierto en todas sus partes o relativamente cierto, según como lo entendamos o con la luz con que lo miremos. Aun el agua se burla de nuestros ojos. Por lo demás, es un bonito e ingenioso juego de palabras.

Lo que hace el hombre es destruir estas naturalezas salvajes y prepararlas para lo que él llama "la lucha por la vida": y le resultan muy hábiles políticos, eminentes banqueros, constructores de cañones y fabricantes de pólvora sin humo. El hombre debe ser feliz y en la atención de estos intereses se hace consistir la felicidad de esta inquieta y dsiconforme inteligencia.

Y es probable que al perder sus alas infantiles, el hombre olvida el secreto de conocer en qué estriba su felicidad. Se fatiga urdiendo complicados sistemas filosóficos, para resolver el problema de la felicidad y del destino del hombre sobre la tierra y a cada rato se le rompe la tela por algún extremo.

No amigos, el secreto está en alguna parte; lo hemos dejado en el banco de la escuela, entre nuestros cuadernos de apuntes, en nuestra cartilla, en nuestras noches rientes, en las lindas mañanitas de verano, en las botas con las cuales pasábamos por los lodazales sin mancillarnos, en los esarpines de seda o de algodón, en un rinconcillo de la cuna apacible, o acaso se nos ha ido en las ondas movibles de un río. Pero por dónde ir a buscarlo y cómo?

Solo Psiquis, una divina alma infantil, sabía hacia qué punto quedaba el reino de Persephone y fue a traer de allí el secreto que produce la perfecta belleza, que hacía la felicidad de los dioses.

RÓMULO TOVAR



---

## NOTA EDITORIAL

Con este número termina el año primero de la REVISTA DE EDUCACIÓN. Es para el Director muy satisfactorio llenar esta entrega con el ensayo acerca de «Los niños de Amicis» escrito por nuestro compañero y amigo don Rómulo Tovar. Pensando en nuestros niños, en nuestros maestros y en nuestra Patria ha escrito el señor Tovar su brillante ensayo. Ojalá podamos corresponder a sus nobles entusiasmos.

